

VIDAS DIAGONALES

Germán Dehesa

Refutación de Plutarco

El hombre no es su nombre; pero nadie puede sustraerse del todo al peso de su nombre. El tema es sustanciosísimo y podría llevarnos de Platón a los cabalistas, al nominalismo y a cierta célebre escena de Romeo y Julieta. No me propongo abordar en el tema (alivio general). Lo que no puedo dejar de asentar es que, a mi juicio, nuestro nombre es, lo queramos o no, nuestra más evidente metáfora y el primer indicio de nuestro destino. Dicho de otro modo: uno acaba teniendo la cara que su nombre indica. Es cosa probada que todos los Bernabés acaban comportándose como Bernabés y así son santos o boxeadores; no pueden evitarlo. El nombre es nuestro primer límite. Si yo, por ejemplo, me llamara Cuauhtémoc Paleta ya sabría que nunca voy a ser presidente, pues nadie tomaría en serio una manta que dijera: Todos con Paleta. En la misma línea de pensamiento no quiero ni imaginarme lo que hubiera sido de mí si a mi madre la hubieran dejado salirse con su infame capricho de ponerme Igor. Si de por sí con Germán Dehesa he sufrido lo que he sufrido. Nada más en el tiempo que he dedicado a deletrearle mi apellido a diversas señoritas, ya podría haber escrito tres novelas que me tuvieran al borde de la obtención del Premio Maza-tlán. Neruda fue muy sabio y desde muy temprana edad supo que si uno se llama Neftalí Reyes Ba-Soaldo, no nos traducirán jamás al polaco. En cambio, el que no fue nada perspicaz fue Plutarco. Es un nombre horrible. Es como de perro. Si el mal ya está hecho, hay que añadirle, por lo menos, Elías para mitigar las cosas. O sea que a Plutarco ya desde antes de leerlo le tenía yo inquina. Esta, lejos de disminuir, ha aumentado con el conocimiento de las vidas paralelas, título y tesis que me parecen retóricas y desafortunadas. Hasta donde alcanzo a ver, no hay vidas paralelas; hay vidas divergentes y vidas convergentes. Es a estas últimas a las que yo llamo vidas diagonales (esas que, tarde o temprano, hacen esquina). Si el amable lector me acompaña, paso a ilustrar este concepto con un dramático ejemplo.

De cómo yo soy producto neto del vasconcelismo

En el principio está José Vasconcelos y su voluntad de llevar la cultura a todo el país. Está también un joven chaparrito, guapo, sonriente y soñador que se llamaba Ángel Dehesa y que militaba en el Partido Comunista. Muy lejos de sus ojos claros y de su vida oscura estaba Margarita Violante, muchacha aguerrida, levemente mocha, atractiva y decente de tiempo completo. Ángel se ganaba la vida alquilando equipo de exhibición cinematográfica y cuando supo de la convocatoria de Vasconcelos para formar las brigadas culturales, tarde se le hizo para incorporarse a tan loca y encomiable empresa. Margarita, por su parte, era la eficiente secretaria de Wilfrido Massieu y dedicaba sus ratos libres al volibol y a los amores imposibles.

Fue así como Ángel recorrió todo el país como brigadista, y a la hora señalada vino a dar a un rascuachísimo pueblo de Baja California. Es un sábado y atardece. Ángel va a exhibir una película en cuanto caiga la noche y él pueda poner su pantalla hecha de sábanas. Se aburre. Por hacer algo, se dirige a la plaza del pueblo que está inusualmente animada; de la mera capital ha llegado una selección de volibol femenino que, nomás por condescendencia, se va a enfrentar a un equipo local. Las capitalinas vienen perfectamente equipadas y lucen tenis nuevos. Las locales van descalzas en su mayoría. Comienza el partido. Ángel, siempre dispuesto a apoyar a las causas perdidas, le va a las locales. Para general sorpresa, las capitalinas no dan una. Punto tras punto, las nativas van despedazando a las chi-langas. Ángel se dedica a reírse como poseído. Se ríe en particular de las chambonadas de Margarita que, como luego averiguará Ángel, no es muy apta para tolerar que se rían de ella. Termina el partido. Triunfo aplastante de las descalzas. Júbilo general. Ángel pide otra cerveza. No alcanza a tomársela. Margarita que ya iba rumbo al camión, vuelve sobre sus pasos, se acerca a Ángel y le acomoda una cachetada que todavía resuena. Yo soy el eco de esa cachetada. Vidas diagonales.

Jardín de senderos

Mi padre aparentemente ya murió. Su vida sigue fluyendo en la mía. Veracruzana versión del gato de Cheshire: desapareció él, pero se quedó su sonrisa. En ella finco mi existencia que ya se aproxima al medio siglo y que vista desde arriba y hacia atrás semejaría un considerable sistema fluvial alimentado por libros, deseos, amigos, amores e hijos. Me gusta mi vida y las vidas que a ella concurren. Esta semana (6 al 12 de septiembre) ha estado plétórica de confluencias. Vino don Panchito Liguori y con palabras que podrían ser de mi padre dijo por los micrófonos de mi programa que, puesto que nuestra necesidad de justicia no ha sido satisfecha, es ingenuo y perverso dar por muerto al socialismo. Dice el Zohar que las palabras no caen en el vacío. Lo creo. Caen, por ejemplo, en los considerables oídos de un hombre que extraña a su padre y que

súbitamente lo recupera. Vino también Volodia Teitelboim (hablando de nombres), chileno, nerudiano feroz y con cierto parecido a Nikita Jruschov. Venía de Chile y se encontró conmigo. Yo no pude evitar decirle lo que se parecía física y temperamentalmente a mi multimencionado padre. Le dije también que yo a los siete años, de mano paterna había recibido mi primer libro de poesía, los veinte poemas de Neruda. A partir de esto, pudimos hablar de Neruda, de sueños, de frutos, de justicia y de utopías reprivatizadas. Hablamos durante una hora y quiero dejar aquí testimonio escrito de la inmensa dosis de bálsamo contra el neoliberalismo que Volodia me proporcionó. Ya estaban, pues, mi papá, Liguori, Teitelboim, Neruda y Violeta Parra que aprovechó lo de Neruda para colarse. Ya nada más faltaba Salvador Allende que llegó el sábado 11 muy tempranito. Como verán hubo vivos y hubo muertos. Esto es circunstancial. Todos concurrieron en el gozo de la cercanía. El jardín de senderos se pobló de vidas diagonales.

Envíos a las diagonales

Decía Kipling que al que escribe le es dable discernir la fábula, pero no la moraleja. Yo no sé bien por qué he hecho esta reseña de mi vida convertida en una glorieta (gloria pequeña). La razón más visible e inmediata es porque un querido amigo me dijo: ¿por qué no cuentas todo eso? Estos apuntes son para él y para tí, intrépido lector. Son también para otra vida admirable que tengo en diagonal: Rene Delgado.